

Ángel Acuña Delgado*

Semana Santa en Norogachi: Fiesta y espectáculo del sincretismo religioso rarámuri¹

Resumen: Aprendida y sujeta a un largo proceso de influencia misionera, la Semana Santa en Norogachi (Chihuahua, México) ha ido incorporando a la celebración elementos nuevos, propios del pensamiento y sentimiento indígena que la pone en escena. Describiremos aquí de manera detallada el proceso festivo y ritual de dicho acontecimiento, siempre apoyado en la propia experiencia etnográfica, para seguidamente situarnos en torno al sentido que poseen sus diferentes elementos simbólicos. La pregunta fundamental a la que responder será: ¿cómo una manifestación religiosa aprendida o impuesta al pueblo rarámuri en el pasado, ha sido refuncionalizada para hacerla significativa y útil en el contexto actual? Como veremos, los sentidos construidos sobre la Semana Santa en este lugar son tantos como los actores y espectadores que le dan vida.

Summary: Under long-term missionary influence, the *Semana Santa* at Norogachi (Chihuahua, Mexico) has come to incorporate to the celebrations a *mise-en-scène* of some new elements characteristic for indigenous thinking and feeling. The ritual feast process is described here in detail, always founded in the own ethnographic experience, and then situated in the configurations of sense of its different symbolic elements. The fundamental question is: How could a learned religious manifestation, imposed to the Rarámuri peoples in the past, have been refunctionalised to become senseful and useful under actual conditions? It is shown that the constructions of sense about the *Semana Santa* at this place are as much as the actors and spectators who fill it with life.

* Profesor Titular de Antropología Social en la Universidad de Granada (España).

1 Trabajo realizado con la financiación del Ministerio de Ciencia y Tecnología (MCyT) de España.

1. Introducción

Al sudoeste del Estado de Chihuahua, en México, se encuentra la Sierra Tarahumara, dentro de la Sierra Madre Occidental. La Tarahumara, como comúnmente se la conoce, constituye un macizo montañoso de unos 60.000 km² (Sariego 2000: 13), cuya altitud oscila entre los 300 y los 3.000 m.s.n.m. (Amador 1997: 28), en el cual se distinguen dos zonas ecológicas claramente diferenciadas como son: la Alta y la Baja Tarahumara, también llamadas: sierra y barranca respectivamente.

La Alta Tarahumara es una región llena de valles, mesetas y montañas, en donde, a pesar de la intensa deforestación sufrida, aún se pueden apreciar amplias zonas boscosas donde abundan distintos tipos de coníferas, así como encinas, madroños, tascates, bisnagas, etc. Posee un clima riguroso, en verano se superan los 30°C de temperatura por el día y en invierno puede llegar a descender hasta los -20°C de noche. Los suelos son en general pobres por los escasos nutrientes y la poca capacidad para producir, en consecuencia la vida en este lugar se presenta dura y difícil.

Es en este entorno donde habita el grupo étnico Rarámuri, también conocido como Tarahumara, que con una población estimada en algo más de 50.000 personas entre la Alta y la Baja, comparte el territorio con la sociedad mestiza, la cual cuadruplica actualmente esta cifra.² Su modo de vida está basado en la agricultura, especialmente del maíz, y en el pastoreo, produciendo una economía de subsistencia que está orientada generalmente hacia el autoconsumo.

Los jesuitas tomaron contacto por primera vez con ellos en 1607, iniciándose el proceso de conversión y el establecimiento de las reducciones. Los enfrentamientos llevados a cabo entre los colonizadores españoles hasta mediados del siglo XVIII destruyeron los planes de evangelización de los jesuitas, quienes fueron expulsados del lugar por Carlos III en 1767 para regresar más tarde en 1900. Los indígenas bautizados se llamaron *pagótuame* y los que en menor número lo rechazaron se denominaron “gentiles” o “cimarrones” (Robledo 1981: 2).

Ha sido mucha la presión que desde hace siglos vienen ejerciendo distintos agentes aculturadores, tales como la iglesia, el estado, la sociedad rural mexicana, el turismo, o el propio sistema educativo, pero a pesar de todo, los rarámuri se han impregnado en mayor o menor grado de las influencias foráneas, y han incorporado a su modo de vida nuevos conocimientos, no sin antes haberlos filtrado por su propia experiencia y modificados parcialmente hasta hacerlos significativos y útiles, manteniendo así una decidida resistencia a modificar los aspectos esenciales de su tradicional forma de entender el mundo y actuar sobre él.

2 Según datos del INEGI (1995) los mestizos sumaban en esa fecha un total de 201.644 habitantes, de los cuales 98.677 son pertenecientes a la Alta y 101.967 a la Baja Tarahumara.

La Semana Santa constituye uno de esos comportamientos impuestos por los que han llegado de fuera y que el paso del tiempo ha hecho que forme parte de su ciclo de vida asimilándose como propio. Referencias a la Semana Santa se han hecho por parte de muchos autores. Lumholtz (1904: 137) la califica como un “hábil ardid de los Jesuitas y Franciscanos”; Basauri (1929: 233) señala la influencia que tiene de las ceremonias de moros y cristianos; Bennett/Zingg (1935: 317) clasifican la Semana Santa como fiesta cristiana;³ en contra de todas esas afirmaciones Velasco (1987: 233) plantea que la Semana Santa es “una expresión auténtica y profundamente tarahumara”; mientras que Bonfiglioli (1995: 128-132) observa en ella una forma de transgresión cómico-sexual aprovechando la permisividad que ofrece el tiempo de fiesta. En estas páginas vamos a describir el desarrollo de la Semana Santa en Norogachi, pueblo de algo más de 2.000 habitantes,⁴ perteneciente al municipio de Guachochi, situado a 2.150 m.s.n.m. en la Alta Tarahumara, para seguidamente interpretar sus símbolos, como fruto de un proceso de sincretismo cultural, en el que se sintetizan parte de los sistemas religiosos católico y rarámuri.

Así, pues, de manera detallada presentaremos en primer lugar el transcurrir de este tiempo de fiesta, para a continuación situarnos en torno al sentido que para los rarámuri tienen las luminarias del miércoles santo, los arcos del recorrido procesional, las numerosas procesiones del jueves y viernes santo, la danza de pintos y fariseos, el sonido incesante de los tambores, las guardias en el interior del templo, la pintura y la danza de los *pascoleros*,⁵ o la muerte de Judas. Observaremos el papel que representan personajes tales como: el *alapérsi*, el *polisio*, o los soldados, en el desarrollo de la fiesta, respondiendo asimismo a ¿cómo la Semana Santa en Norogachi no sólo es fiesta religiosa sino también espectáculo turístico?, ¿qué grado de participación mestiza existe en la Semana Santa?, ¿qué papel ocupa el *tesgüino* en dicha fiesta? y ¿cómo es sentida la Semana Santa desde dentro de la sociedad rarámuri?

2. El proceso festivo y ritual

La celebración de la Semana Santa en los distintos pueblos de la sierra Tarahumara posee un modelo bien diversificado, cada comunidad le da un sello propio y esto hace que las diferencias sean notables en algunos casos. De entre todos los pueblos de la

3 Véase también Zingg (1942).

4 La estructura demográfica de Norogachi está compuesta por un núcleo poblacional en el que viven unas 1.400 personas, de las cuales la mitad son rarámuri y la otra mitad mestiza, al que hay que sumar 12 capitánías (conjunto de rancherías) de los alrededores en donde casi exclusivamente viven rarámuris. En Norogachi existe una iglesia asistida por religiosos diocesanos, aunque hasta hace unos cinco años fueron siempre jesuitas sus responsables, un colegio e internado misionero, una clínica llevada por monjas, dos colegios estatales para distintas edades, una biblioteca, una casa almacén de artesanía y un aserradero, entre otras instalaciones de uso público.

5 El significado de los términos rarámuris aquí expresados aparecen en el glosario final.

sierra, Norogachi destaca por la gran vistosidad y gran número de danzantes que reúne, los cuales pueden superar los 250, así como por la gran asistencia de público que convoca, lo que convierte también a esta fiesta en un acontecimiento espectacular al que acuden gentes venidas de diversos puntos de México e incluso de otros países.

Vamos a presentar aquí exclusivamente el proceso seguido en la Semana Santa de Norogachi llevada a cabo en abril de 2003, proceso que está también sujeto a algunas variaciones, sobre todo en función de quién sea el *alapérusi* u organizador principal el cual se renueva cada tres años. Para el actual *alapérusi* éste sería el primer año que desempeña tal responsabilidad, y realmente el desarrollo de la fiesta, en algunas facetas, se distanciaba del esquema general que previamente nos habían contado los del lugar.

En Norogachi la celebración de la Semana Santa comienza el domingo de Ramos, aunque ya desde el domingo anterior un grupo de entre tres y cinco hombres caminan durante tres días hasta la barranca para recolectar la palmilla con la que hacer los ramos, verde en ese tiempo, y regresan para estar el sábado en el pueblo. La comunidad ayuda con dinero para pagar los gastos de alimentación del grupo de caminantes, ya que todo se hace a pie.

El domingo se inició con la bendición de los ramos según el rito romano y ya para ese día deben venir todos los grupos de pintos y fariseos⁶ (danzantes) desde por la mañana, aunque en este año se presentaron ocho grupos de un total de doce (uno por capitania). Cada grupo de danza viene con la bandera significativa de su capitania y encabezado por su capitán que sujeta una lanza, como símbolo de autoridad. Al llegar al pueblo cada grupo realizó un recorrido procesional en solitario de unos 500 m. por el barrio central del pueblo, para ocupar seguidamente el lugar que tenía asignado en el atrio, frente a la iglesia, donde danzaron de manera independiente con su abanderado, mientras esperaban que llegue el resto de los grupos desde sus correspondientes lugares de origen.

Sobre las 11:00 h. o las 12:00 h. al toque de campana se reunió toda la gente en el atrio, incluyendo los danzantes, para participar en la ceremonia de bendición, en la cual dos generales y ocho capitanes (en este caso), convertidos ya en soldados estos últimos, repartieron los ramos, uno por persona. Seguidamente comenzó la procesión que hizo un recorrido circular de unos 500 m. por el barrio central de Norogachi, con entrada y salida de la iglesia. El orden procesional fue el siguiente: la mitad de los grupos de danza presentes en ese momento (cuatro en este caso) a la cabeza, con sus respectivos abanderados delante, le seguían el *alapérusi* o abanderado mayor, que

6 En Norogachi hay 11 grupos de pintos y uno de fariseos, siendo la estructura de la danza la misma en todos ellos, sólo cambia el vestuario, mientras los pintos van casi desnudos y se pintan todo el cuerpo con pintas blancas, los fariseos van vestidos y se embadurnan la cara del mismo color blanco, utilizando ambos piedra caliza humedecida con agua.

porta la cruz cubierta con ramos, el *polisio*, con una máscara que a modo de casco con cintas de colores le cubría la cara, portando en la mano a su vez una antigua espada de los conquistadores españoles, el tamborero, el *siríame* (gobernador) principal y los dos secundarios, el *mayora*, los dos generales, los doce capitanes portando sus lanzas, y el sacerdote; a continuación venían las mujeres en bloque y sólo algunos hombres (casi todos rarámuris), y por último cerraban la otra mitad de los grupos de pintos y fariseos (otros cuatro en total). El recorrido transcurrió en silencio, dejándose oír, eso sí, el estruendoso sonido de los tambores que no dejaban de ser golpeados, cada grupo de danza llevaba dos tamboreros.

Cada *alapérusi* u organizador de la Semana Santa le da su sello personal a la fiesta, el de este año se estrenó en el cargo, lo recibió el año pasado del saliente y es el primero que lo ejerce de los tres años que son preceptivos. Para aceptar dicho honor es preciso que se encuentre económicamente desahogado, ya que tendrá que dar de comer y beber a mucha gente durante este tiempo de fiesta. En cualquier caso, aun con ligeros matices, la Semana Santa de Norogachi se ajusta año tras año a un semejante esquema general.

Concluida la procesión entraron a la iglesia para asistir a la misa de domingo de Ramos, quedando fuera algunos hombres, no así las mujeres. A su término éstas se reunieron en el centro del atrio, mientras que los hombres se situaron en la periferia para escuchar atentamente el *nawésari* o sermón de los tres *siríames* que, como siempre, encerraba mensajes éticos alusivos al buen comportamiento que hay que mantener en esta fiesta que acababa de empezar, no creando desorden con las borracheras. En otros casos, cuando aparece algún *siríame* de otra comunidad se le deja también la palabra como gesto de amistad y atención hacia el invitado y la comunidad que representa. Acabado el *nawésari* cada grupo de danzantes⁷ con sus acompañantes regresan a sus lugares de origen, donde generalmente los capitanes invitan a *tesgüino* a sus vecinos. También suele haber *tesgüino* en casa de aquellas personas que se llaman Ramos, invitando estos a quienes se quieran acercar. De ese modo lo que queda de domingo y ordinariamente el lunes se la pasan tomando *tesgüino* si, como es normal, se ha hecho en abundancia. Aunque en Norogachi existe un alto porcentaje de mestizos que pueden sumar la mitad de la población, la fiesta de la Semana Santa es plenamente rarámuri y son estos quienes participan de manera activa en su desarrollo, las mujeres y hombres mestizos se sitúan más como espectadores de los actos, a excepción de los danzantes entre quienes los jóvenes de este grupo crecen en número cada año.

El martes y miércoles santo los grupos reunidos por rancherías participan del trabajo colectivo en sus respectivos lugares: arreglan cercas, juntan leña para el *tesgüino*

7 Los danzantes son exclusivamente varones, por lo que las mujeres y niños/as pequeños/as van como acompañantes del grupo.

de después de la Semana Santa; también en cada casa las mujeres hacen tortillas de maíz en cantidad, y los danzantes tallan y pintan las espadas o bastones de madera con las que danzarán, en caso de quererlas renovar o vender posteriormente.

Al medio día del miércoles todos los que tienen cargo de fiestero (*tenanche* o *paca*) ese año, se ocuparán de colocar en el recorrido procesional, que siempre es el mismo, una serie de grandes arcos de madera adornados con ramas verdes de pino, por cuyo interior pasará la comitiva procesional. Cada año puede variar el número de arcos en función de que los *tenanches* cumplan o no con este cometido, pero generalmente hay unos puntos fijos en los que siempre se colocan. Este año fueron cinco los arcos colocados, el primero de ellos lo colocó el mayordomo o *tenanche* mayor, el resto los demás. Seguidamente todos ellos barrieron el recorrido procesional dejándolo limpio en todo su trayecto.

Al atardecer de ese mismo día, sobre las 19:00 h., el *alapérusi* acompañado del *polisio* y el tamborero se encontraron con un par de grupos de pintos que danzaron en el atrio unos momentos y de ahí se fueron a hacer dos fogatas, una cerca del atrio y la otra en el cerro de la cruz, farallón situado a unos 400 m. del pueblo; faltó ese año una tercera fogata en la cima de un farallón próximo, como es costumbre en Norogachi. Los pintos que subieron al cerro caminaron danzando en doble fila al ritmo del tambor hasta llegar al lugar elegido, donde reunieron un montón de ramas y troncos secos que prendieron con facilidad; allí permanecieron unos 15 minutos conversando mientras subían las llamas, marchándose antes de que éstas se apagaran por completo. Ya entrada la noche se podían ver más de una veintena de lumbres encendidas por la periferia de Norogachi, ya que la gente de las rancherías también las producen en las elevaciones que tienen cerca.

El jueves santo desde la mañana se vive el proceso de llegada de los grupos de pintos, los que viven en rancherías próximas como Cochérare o Santa Cruz, llegan en menos de una hora pero otros como los de Nawéachi salen a las 7:00 h. y llegan entre las 17:00 o 18:00 h., después de detenerse en la casa de cada danzante para pintarlo y así se vayan uniendo al grupo hasta completarlo. Este año la llegada de los primeros pintos se hizo algo tarde, sobre las 12:30 h., siendo recibidos en el atrio por el *alapérusi* con su séquito (*polisio* y tamborero). Según llega un grupo tras otro estos hacen su presentación dando una vuelta por el recorrido procesional, para ocupar seguidamente su lugar propio en el atrio, donde pueden seguir danzando si lo desean. Cada grupo de pintos danza libremente cuando le apetece sin salirse del lugar que tiene asignado, siendo la estructura de la danza siempre la misma: colocados en doble fila marcan el paso de danza sobre el lugar o caminan al paso, girando sobre sí mismos al tiempo que señala el abanderado que, ondeando la bandera por el interior de la doble fila, se desplaza adelante y atrás; mientras tanto los dos tamboreros se colocan al frente de la doble fila si danzan sobre el lugar, o al final de éstas si van caminando; el ritmo lo marca el tambor.

A las 13:30 h. habían llegado sólo dos grupos de pintos (muy pocos en comparación con otros años) y fue ese el momento en que dos hombres, con sendas matracas en mano, realizaron tres vueltas a intervalos de cinco minutos por el recorrido ceremonial, llamando la atención de la gente para que se reuniera en el atrio y así tomar parte de la procesión. A las 13:45 h. tuvo lugar la primera procesión del día que se desarrolló durante unos 20 minutos por el recorrido preparado para la ocasión, manteniendo la misma estructura y dinámica que la ya mantenida para el domingo de Ramos; la única diferencia fue que ya en este caso las autoridades presentes en la procesión y buena parte del grupo que acompaña pasa por dentro de los cinco arcos de pino dispuestos en el recorrido.

Terminado ese acto, el *alapérsi*, que en ningún momento de la semana entró en la iglesia, salvo el sábado en la mañana acompañando a los *pascoleros*, manteniéndose siempre junto a la puerta, recibió del *siríame* su bastón de mando traspasándole así de máxima autoridad de la comunidad durante el tiempo de fiesta,⁸ seguidamente invitó a las autoridades presentes junto con sus mujeres a un acto de comensalismo llamado *mosáwari*, que tendría lugar en su casa. En ella se reunieron unas 30 personas para degustar unos 12 platillos diferentes a base de papas, frijoles, espinacas, habas, sopa, y, como no, maíz, preparado todo de diferentes formas y acompañado con *pinole*. La carne está prohibida comerla durante toda la semana y más aún el jueves y el viernes santo; tan solo a los *pascoleros*⁹ les está permitido comer carne de gallina. En esta reunión se intercambian impresiones y se discuten diversos aspectos relativos a la organización de la fiesta y al mantenimiento del orden.

Cuando al *alapérsi* le parece, sobre las 16:00 h. en esta ocasión, da por concluido el *mosáwari* y regresa con el *polisio* y el tamborero al lugar propio que tienen en el atrio de la iglesia,¹⁰ al igual que los distintos grupos de pintos y fariseos. En ese lugar se espera a que regresen dichos grupos que fueron igualmente a comer. Tanto la mañana del jueves como la del viernes está prescrito el ayuno. Los capitanes que acompañan a cada grupo de danza hasta Norogachi, llegados a ese lugar se transforman en soldados, luciendo cada uno un tocado de plumas de guajolote (pavo), todos ellos formarán un solo grupo que tendrán como lugar de reunión el mismo que el *alapérsi* hasta el final de la Semana Santa.

8 El bastón se lo devolvería de nuevo al *siríame* pasada la Semana Santa.

9 Los *pascoleros* son los que danzan *pascol*, danza realizada en Norogachi tan solo el sábado en la mañana.

10 El lugar de reunión del *alapérsi* junto con el *polisio* y el tamborero fue el lado izquierdo de la puerta de la iglesia, ya dentro del atrio.

La segunda procesión del día o primera de la tarde se inició a las 17:30 h., ya a esa hora se encontraban casi todos los grupos de pintos preparados en su lugar.¹¹ Como siempre, los dos matraqueros dieron tres vueltas a intervalos anunciando el inicio de la procesión, al tiempo que un grupo de pintos se repartía por todo el espacio e invitaban a la gente, sobre todo mujeres, de manera un tanto intimidatoria, a que se concentraran en el interior de la iglesia. De ahí partiría la procesión al igual que la de la mañana para regresar de nuevo al templo donde celebrar la misa de la eucaristía y el lavatorio de los pies, en la que están ordinariamente 12 rarámuris, siendo una costumbre de carácter romano que sólo se da en Norogachi.

Terminado este acto, sobre las 18:30 h. comenzó la tercera procesión del día, previamente como siempre anunciada por los matraqueros. En esta ocasión detrás del *alapérsi* iba una pequeña talla de madera con la imagen de Jesús portada en un paso por dos hombres, y a continuación otra talla con la Virgen María, les seguía el resto de autoridades, después las mujeres y los hombres del pueblo y por último, al igual que a la cabeza, los grupos de pintos repartidos en dos partes, los gobernadores y capitanes con sus lanzas formaron una especie de valla a ambos lados de las imágenes sagradas para contener a la gente.

Concluida esta última procesión, la comitiva del *alapérsi*, al igual que hiciera al medio día, van de nuevo a su casa, esta vez a cenar. Allí siguen tratando asuntos como ¿quiénes van a ser los dos *pascoleros*? y ¿qué soldados van a ir a buscarlos y a protegerlos?, terminada la cena (*mosáwari*) cada cual se iría a su casa a descansar ya que no tenían ninguna actividad más con la que cumplir.

Por otro lado, tras la misa quedaron dispuestas en el interior de la iglesia dos imágenes escultóricas, una de Cristo y otra de la Virgen, que serían custodiadas o guardadas desde ese momento hasta las 3:00 h. de la madrugada aproximadamente,¹² los soldados y pintos custodiaron al Cristo y las mujeres a la Virgen. Los primeros que iniciaron estas guardias fueron los gobernadores y el resto de autoridades, a continuación irían pasando los pintos y fariseos de dos en dos, turnándose cada tres o cuatro minutos, colocados ambos de pie delante del Cristo, cada uno portando una lanza en la mano; por otro lado las mujeres, igualmente por parejas, se sentaron delante de la Virgen turnándose cada siete u ocho minutos. Familias enteras de mestizos visitaron la iglesia y contemplaron a las guardias respetuosamente en silencio, hasta media noche que se fueron a dormir, dejando solos a los rarámuris.

11 Los grupos de danza que participaron hasta un total de 12 correspondían a las rancherías y capitánías de Cochérare, Siquirichi, Santa Cruz, Gomárachi, Nawéachi, Munacháachi, Cecorachi, Citánachi, Sayabochi, Bacosérare, Pilares, Recusachi, y faltó el grupo de Tajírachi que no se presentó.

12 Años atrás la costumbre marcaba mantener las guardias desde la noche del jueves hasta la mañana del sábado ininterrumpidamente, pero en esta ocasión las guardias terminaron una vez que pasaron los aproximadamente 250 pintos por el lugar y buena parte de las mujeres, sin repetir la guardia para alargar el tiempo.

En paralelo a toda esta celebración en donde los rarámuris cobran un papel protagonista, el espacio festivo y ritual se llena de visitantes tanto mexicanos como de otros países que aprovechan la ocasión para vivir una Semana Santa en Norogachi. Desde la mañana del jueves hasta el medio día del viernes no dejaron de llegar vehículos particulares y autobuses cargados de turistas, que hacen aumentar la población a varios miles de personas, unas vienen por cuenta propia y otras con tour-operadores, unas se mantienen al margen de la fiesta con actitud contemplativa, tomando fotos y películas con cuidado de no importunar, y otras, los menos, eso sí, en una actitud irrespetuosa y del todo irreverente se introducen entre los pintos, en la procesión, y delante de la gente, con la única preocupación de sacar excelentes primeros planos. Si bien un tiempo atrás la toma de fotos estaba prohibida, en la actualidad se permite cobrándose un impuesto a cada persona de acuerdo al tipo de cámara que porte. El *alapérsi* con el *polisio* y el tamborero se encargaron en el tiempo que les quedaba libre durante toda la tarde de hacer pagar a quienes desearan tomar imágenes, cobrando 400 pesos (40 \$) a las cámaras de foto o vídeo y 700 pesos (70 \$) a los vídeos grandes y profesionales. El dinero recaudado ayudaría al *alapérsi* en sus gastos.

La madrugada del jueves santo posee en Norogachi dos espacios rituales diferenciados: uno ya descrito estaría en el interior del templo donde se realizan las guardias, y otro estaría fuera del templo, entre el atrio y el patio del internado donde permanecieron los grupos de pintos y fariseos danzando toda la noche. Durante toda la noche hasta el amanecer los 11 grupos de pintos y el grupo de fariseos que hubo ese año en Norogachi no dejaron de danzar; mientras unos descansaban y se calentaban en la hoguera que tenían al lado, otros danzaban, de modo que en ningún momento el toque ensordecedor de los tambores y el suave tañido de las flautas dejó de sonar, ni la danza estuvo ausente, siempre había alguien en acción. Las mujeres de los danzantes se recostaban envolviendo a sus bebés junto al fuego, o permanecían a ratos en el interior de la iglesia, abierta toda la noche. También deambulaban algunos totalmente ebrios de tequila, y serían casos contados (dos o tres) los turistas que aguantaron hasta las dos o tres de la madrugada. En relación con los danzantes es de destacar que en la actualidad un buen número de ellos son mestizos, bien de sangre o bien de tendencia cultural. Según Kiriake, antropóloga residente de Guachochi (Alta Tarahumara) en el 2001 comprobó que en Norogachi el 60% de los danzantes eran mestizos, mestizos que, aún no habitando en las rancherías que le dan nombre al grupo, se incorporaban a él por tener algún amigo o pariente en el mismo con el que siente mayor afinidad.

En la mañana del viernes, a las 10:00 h., el *alapérsi* junto con el *polisio* que funciona como su brazo ejecutivo y algunos ayudantes voluntarios, se ocuparon de colocar hincadas en el suelo 14 cruces de aproximadamente 70 cm. de alto, distribuidas todas ellas por el recorrido procesional. A las 11:00 h. un grupo de pintos junto con el *alapérsi*, *polisio* y tamborero, se dieron a la tarea de reunir a las mujeres dentro de la iglesia donde tendría lugar una misa. Momentos antes de acabar ésta los dos matraque-

ros dieron sus tres vueltas de rigor antes de comenzar la primera procesión del día, cosa que ocurrió a las 12:00 h. Tras descansar aproximadamente una hora, a las 13:30 h. tuvo lugar otra procesión semejante a la primera, realizándose así dos procesiones seguidas en el transcurso de la mañana. Para las 14:00 h. el *alapérsi* se fue a comer con las autoridades y ya en este *mosáwari* estuvieron presentes los dos *pascoleros* elegidos para ese año, los cuales fueron avisados y traídos por los generales junto con un grupo de soldados, esta elección no suele sorprender a nadie dado que son pocos los que saben bailar *pascol* en Norogachi; en este caso se trató de un veterano *pascolero* acompañado de otro más joven para que así vaya aprendiendo bien el oficio.

A esta altura del día es notable la cantidad de gente que se concentra en torno a la explanada exterior de la iglesia. Sobre las 16:00 h. el *alapérsi* con su séquito hizo de nuevo acto de presencia en el atrio de la iglesia para proceder a la primera procesión de la tarde, no sin antes avisar con las matracas y reunir a la gente en el punto de salida. En esta ocasión la procesión tuvo un cambio significativo con respecto a las anteriores. Todo comenzó igual que siempre con la misma estructura procesional, pero al salir todos juntos de la explanada del atrio, el *alapérsi* junto con el resto de autoridades, hombres acompañantes y la mitad de los grupos de danza a la cabeza llevaron el paso de Jesús por el lado derecho del recorrido circular, mientras que las mujeres y la otra mitad de grupos de danza llevaron el paso de María por el lado izquierdo, en sentido inverso al anterior. Los hombres cubrieron 2/3 del recorrido y las mujeres 1/3 encontrándose ambos grupos en un punto donde se unieron colocando frente por frente ambos pasos, dando un emotivo giro de 360° para seguidamente regresar a la iglesia por el lado que había seguido la Virgen, así se recobró la misma estructura que tenían en un principio. En esta procesión ya participaron los *pascoleros* junto a las autoridades, aunque sin danzar aún y siempre custodiados por un grupo de soldados que, a modo de asistentes les ayudarán en todo lo que necesitan y supuestamente los vigilarán para que no se escapen, como dicta la costumbre.

Después de esta primera procesión de la tarde, dentro de la iglesia y de acuerdo al rito romano, se rezan algunas oraciones y se da la comunión, acto en el cual suele participar gente mestiza y muy poca rarámuri. Terminada esta ceremonia dio comienzo sobre las 19:00 h. la procesión al cementerio, el cual dista unos 700 m. aproximadamente de la iglesia, esta procesión discurrió por un camino distinto al del resto de procesiones. Sin duda se trata de la procesión más multitudinaria en la cual se lleva tumbado el cuerpo de Jesús, una talla muy antigua de tamaño real envuelta en una cobija. Al llegar al cementerio viejo los pintos y fariseos dejaron por un momento de danzar y tocar, y en el silencio el sacerdote oficiante del acto pronunció un breve sermón en tarahumara y en castellano en el que hizo alusión a que la fiesta no acaba con la muerte sino con la resurrección de Cristo, con la llegada de los *pascoleros* que anuncian el hecho y por ello hay que estar contentos, porque sigue con nosotros. Mientras tanto el cuerpo de Cristo yacía sobre el suelo para luego ser recogido entre dos soldados y

trasladado de nuevo a la iglesia realizando así el camino inverso. Esta multitudinaria procesión reunió a unas 2.000 personas en torno al recorrido, unos ejerciendo el papel de actores en la ceremonia y otros de espectadores a lo largo del camino y sobre todo en las proximidades del cementerio, donde docenas de turistas se concentraban en puntos estratégicos desde donde tomar buenas fotos y no perder detalle.

Una vez que el cuerpo muerto de Cristo se depositó en la sacristía, la Virgen se procesionó en solitario por el recorrido ya conocido, llevada por las mujeres y con el acompañamiento de los grupos de danzantes. A esta se le llama procesión de la Soledad, y aunque en este año no se alumbró con antorchas, nos contaban los del lugar, que en ocasiones se apagan las luces formándose una larga fila de personas, muchas de ellas mestizas, que alumbran con antorchas de ocote el paso de la procesión. Más tarde, sobre las 22:00 h., el grupo de pintos que le tocó este año fabricar el Judas de trapo, procesionó a su muñeco por todo el recorrido hasta llegar al atrio, sin entrar a la iglesia, y con él se quedaron danzando toda la noche.

En la madrugada del viernes se pueden apreciar también dos espacios rituales bien diferenciados: uno lo constituye la esplanada en donde se encuentran los grupos de pintos y fariseos danzando infatigablemente toda la noche junto a sus fuegos, como ya mencionamos, aunque esta vez circulaba ya el *tesgüino* que el *alapérsi* envió de obsequio a cada grupo para que pasaran mejor la noche. El otro espacio lo constituye la casa del *alapérsi* en donde tiene lugar el acto de pintar a los *pascoleros*.

Ya de vuelta de la última procesión multitudinaria al campo santo, el *alapérsi* realizó de nuevo el *mosáwari* con las autoridades, e invitó seguidamente a quienes estarían presentes en la ceremonia de pintar a los *pascoleros*. Supuestamente se trataba de una ceremonia privada y restringida a unos cuantos, para lo cual el actual *alapérsi* había construido una casa de madera rodeada por una empalizada para evitar las miradas de curiosos, así nos lo contaron días antes, sin embargo llegado el momento, a dicha ceremonia tuvo acceso toda persona que quiso, incluidos los turistas que pagaron su correspondiente cuota por tomar imágenes. El interior de la casa de unos 30 m² se llenó al principio por completo de gente deseosa de ver que iba a suceder.

Sobre las 24:00 h. los *pascoleros* aparecieron desnudos, tan sólo cubiertos por una *tagora* chiquita a modo de taparrabos, con un cinturón de cascabeles encima que colgaban del trasero. El *pascolero* mayor tenía unos 40 años y siete años de experiencia, mientras que el menor unos 18 años y tan sólo un año de experiencia. La ceremonia de pintura la llevaron a cabo cuatro hombres (dos por cada *pascolero*) y fue muy laboriosa y cansada para los protagonistas, durando unas cuatro horas en total. Primero se les lavó el cuerpo por completo con agua tibia, luego con una brocha se les dio una capa de pintura blanca o *recaca*, que es piedra caliza disuelta en agua, dejando que descansen para que seque y a continuación darle otra nueva mano con la que ya se aprecia claramente el color blanco. Sobre este fondo blanco vendría la parte más delicada consistente en dibujos con colores negro (producido por el carbón disuelto en agua) y rojo

(producido por la *citaca* o tierra roja, igualmente disuelta en agua), una serie de líneas y puntos por todo el cuerpo, que aparentemente vendrían a simular una armadura de la época de los conquistadores españoles.¹³ Desde que comenzó la pintada se repartió *tesgüino* para todos y pronto se haría sentir en las expresiones y comportamientos de los asistentes. Cada 15 o 20 minutos se interrumpía la pintura para dar descanso y calor a los *pascoleros*, que debían estar al desnudo por largo rato sin moverse con los brazos en cruz. Las *güejas* de *tesgüino* pasaban continuamente de mano en mano, y la música de violín y tambor se hacía sonar al tiempo que los *pascoleros* se soltaban a danzar para entrar en calor. Concluida la pintura en el interior de la casa se limpió un espacio central cubriéndolo con una frazada fina de lana de metro y medio por cada lado, convirtiéndolo así en espacio exclusivo para que los *pascoleros* bailen sin que nadie se pueda introducir en él.¹⁴ Acompañado por un músico con violín y un tamborero con dos baquetas,¹⁵ los *pascoleros* interpretaban bloques de tres piezas cortas de unos tres minutos que repitieron una y otra vez, con su singular desplazamiento circular y sinuoso y el característico repique de talones sobre el suelo que hacían sonar los cascabeles sujetos a la cintura. Así se mantuvieron hasta el amanecer.¹⁶

Los soldados presentes en el acto, así como el *polisio* se ocupaban de sacar fuera de la casa a quienes estaban demasiado borrachos e incomodaban al resto, aunque todos andaban algo tomados sin excepción. Fuera de la casa y junto a la puerta se hallaba una hoguera para calentarse.

Al alba las cuatro personas que habían pintado al *pascolero* marcaron con una cruz blanca de *recaca* disuelta en agua la frente de todos los que habían aguantado la noche en casa del *alapérusi*. A indicación de éste todos se prepararon para partir en comitiva hasta la iglesia: el *alapérusi* en cabeza portando la bandera grande, el *polisio* a un lado con su máscara y la espada en la mano, el tamborero del *alapérusi* al otro, los *pascoleros* bailando en marcha, detrás el músico con el violín y el tamborero del *pascol*, el

13 Los pintores comenzaron colocando cruces en las articulaciones (rodillas, muñecas, codos, pies) y en la zona dorsal, después pintaron la espalda y el pecho-abdomen trazando alternativamente líneas verticales negras y rojas con una separación de unos 2 o 3 cm. que posteriormente se llenarían de puntos, igualmente negros en una línea y rojos en otra. Se pasó luego a pintar el cuello, los brazos hasta la muñeca, colocando líneas paralelas rodeando los codos; a continuación se pasó a las piernas de arriba a abajo hasta los tobillos; luego el rostro, manteniendo siempre el mismo esquema de líneas negras y rojas con puntos de igual color entre medio; por último se pintaron las manos y los pies, siendo en un *pascolero* de color negro y en el otro de color rojo.

14 Cualquier piedrecita u objeto que cayera sobre ese espacio restringido o patio propio de los *pascoleros*, debería ser rápidamente quitado del sitio dejando siempre ese lugar expedito de suciedad y obstáculos para efectuar el *pascol*. Los soldados asignados a los *pascoleros* debían cumplir esa función.

15 Los tamboreros que acompañan a los pintos llevan una sola baqueta.

16 A partir de las 2:00 h. de la madrugada no quedó en la casa ningún turista curioso, convirtiéndose la ceremonia en un acto más íntimo para los rarámuris, acompañados por unos cuantos mestizos más allegados.

sacerdote que fue para acompañar y por último todas las mujeres y hombres marcados con la cruz en la frente, unas 30 personas en total. Así se recorrieron los aproximadamente 400 m. que separaban la casa del *alapérsi* de la iglesia. A las 8:00 h. del sábado santo en el atrio de la iglesia aguardaba una gran expectación, la comitiva entró en solitario dentro de la iglesia, el sacerdote pronunció unas palabras en rarámuri y en castellano acerca de la redención y de nuevo salieron todos para situarse en una esquina del patio exterior del internado que se hallaba junto al atrio. Allí los *pascoleros* bailaron dos bloques de tres piezas de *pascol* cada uno rodeados de mucho público. Seguidamente toda la comitiva que acompañaba a los *pascoleros* se colocó frente a la puerta de la iglesia, entrando esta vez a su interior tan sólo los dos *pascoleros*, el músico del violín y el tamborero del *pascol*, al *alapérsi*, el *polisio*, el otro tamborero, y también el sacerdote, en el interior del templo permanecieron unos cuantos minutos.¹⁷ Con el *alapérsi* ondeando la bandera, los músicos tocando y los *pascoleros* bailando hicieron varios recorridos de ida y vuelta por el centro del interior del templo, mientras en el exterior al costado izquierdo del atrio un grupo de pintos bailaban de un modo risueño y jocosos con el muñeco de Judas. Una vez que salieron los *pascoleros* y acompañantes del interior de la iglesia se colocaron a unos 20 m. de distancia y frente al Judas que los pintos habían apoyado sobre la pared del templo; entonces el *alapérsi* y el *polisio* con sendas lanzas, junto con los músicos y *pascoleros*, tocando y danzando estos últimos, se dirigieron hasta el Judas para pincharlo numerosas veces. Estos gestos de aproximación y agresión se repitieron cuatro veces, mientras que los pintos trataban de recomponer el muñeco cuando lo dejaban libre, haciendo gestos de burla. Por último, un grupo de soldados arremetieron corriendo contra el Judas, al tiempo que los pintos lo querían liberar a tirones, finalmente los soldados se apoderaron de él y le prendieron fuego, lanzándolo al aire ante el agrado del público por lo que ello significaba y por la estética del espectáculo.¹⁸ Tras la muerte de Judas los *pascoleros* y su comitiva regresaron a la casa del *alapérsi*, no sin antes pasar por la casa de la presidencia seccional donde fueron invitados a unos 70 u 80 litros de *tesgüino* y a unos traguitos de tequila, mientras que los *pascoleros* correspondían bailando varios *pascoles* en ese lugar. De regreso en la casa del *alapérsi*¹⁹ dieron varias vueltas alrededor

17 En otras ocasiones ha entrado también la comunidad en completo tras los *pascoleros* para recibir la misa de resurrección y luego salir todos dejando solos a los *pascoleros*. También en otros casos, con los *pascoleros* solos en el interior de la iglesia han soltado un par de pájaros para que salieran revoloteando del templo, anunciando, al igual que los *pascoleros*, la resurrección de Cristo.

18 En otros lugares de la Tarahumara como Naráachi, Tewaterichi o Choguita, donde no bailan los *pascoleros*, antes de la muerte de Judas tiene lugar una lucha ritual entre soldados y fariseos o pintos, lucha real con agarre de cintura que consiste en tumbar de espaldas al rival, aunque independientemente de quién venza, Judas será linchado y quemado finalmente.

19 El *polisio*, como consecuencia de la embriaguez producida por la tequila, no pudo llegar a la casa del *alapérsi* a su regreso, quedando tumbado en el suelo totalmente dormido.

de una pequeña cruz con ramas de pino verde fijada en el suelo y a continuación los *pascoleros* se desprendieron de los cascabeles y se vistieron, y el *alapérusi* dejó la bandera en señal de que sus respectivas funciones habían acabado en ese momento. A partir de entonces los *pascoleros*, en ayunas desde la noche anterior, recibieron comida y *tesgüino*, y todos comieron, bebieron y conversaron, con el cuerpo cansado pero con el ánimo alegre y distendido, ya que un año más se cumplió con la tradición.

El resto de grupos de danzantes regresaron a partir de la mañana del sábado a sus respectivas rancherías a continuar con la fiesta, pero esta vez con el *tesgüino* como protagonista; la gente se invitan recíprocamente a tomar *tesgüino* en las casas y así quedan hasta que la bebida se agota por completo, cosa que puede durar incluso más de una semana, teniendo en cuenta que en algunas rancherías todas las familias han hecho gran cantidad de *tesgüino*.²⁰

El domingo de Resurrección ya no lo celebraron como tal los rarámuris. Se ofreció, eso sí, una misa por la mañana y otra por la tarde a la que asistieron un número reducido de mestizas y alguna que otra mujer rarámuri. La Semana Santa rarámuri adelantó la resurrección de Cristo al sábado para que la fiesta cuadrara y no hubiera intervalos largos de tiempo vacíos de contenido.²¹

Es ésta pues, una Semana Santa representada y en gran medida reinterpretada al modo indígena, al tiempo que consentida por los misioneros, representantes de la iglesia, en una actitud flexible sobre el pueblo al que se dirige.

3. En torno al sentido

Una vez descrito todo el proceso ritual y festivo que entraña la Semana Santa en Norogachi, toca responder a las preguntas que nos hacíamos en un principio acerca del sentido general que cobra esta celebración para la comunidad rarámuri, los sentidos específicos que poseen los distintos elementos simbólicos que la integran, así como el papel que juega la dimensión espectacular de tal acontecimiento.

La Semana Santa en Norogachi protagonizada por la comunidad rarámuri constituye una dramatización de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, en donde el guión católico transmitido por los misioneros, se matiza y transforma parcialmente para hacerse significativo en la sociedad indígena que la pone en escena. Ciertamente no se refiere en este acontecimiento nada acerca de Onorúame, el Dios rarámuri que es Padre y Madre a la vez, aunque no por ello hay que entender que no se halle presente en el pensamiento rarámuri durante el transcurso de las celebraciones, a mi entender

20 En las casas visitadas el promedio de *tesgüino* preparado fue de unos 600 litros, 400 litros como mínimo y 800 litros como máximo.

21 Hay que tener en cuenta que hay muchas personas desplazadas de sus lugares de origen y que el *tesgüino* y de manera encubierta la tequila se hallan ya presentes, lo cual ocasionaría seguramente situaciones de conflicto si entre el viernes y el domingo se presenta un día de asueto.

está presente; aparece por su parte Jesús y María, entidades sagradas del mundo católico protagonistas de la Semana Santa, a las que se le rinde culto por ser un pueblo evangelizado y bautizado en su inmensa mayoría. La raramurización de la Semana Santa en este lugar, como en otros muchos lugares de la Tarahumara, no altera significativamente el mensaje católico sobre el misterio divino, sino las formas que se presentan en la celebración y algunos significados asociados a éstas, adaptándolas a su modo propio de ser y de pensar el mundo, a su experiencia concreta de vida, cargada de opresión por parte de la sociedad mestiza con la que se halla en contacto. De este modo en todo el proceso festivo aparecen una serie de actos significativos, incorporaciones indígenas al esquema general de la fiesta, que merecen ser destacados.

Siguiendo un orden cronológico, podemos comenzar con el sonido continuo del tambor en los días previos al comienzo de la fiesta, el cual constituye el anuncio de que la Semana Santa está próxima. El tambor y el modo de ser tocado se asocia a este ciclo festivo y supone un signo distintivo rarámuri, es su modo de comunicar, de transmitir la venida de un acontecimiento así y de prepararse o mentalizarse para tomar parte en él. El rarámuri habla de la Semana Santa con su tambor, es el sonido de los tambores uno de las principales señas identitarias de la Semana Santa rarámuri y concretamente de Norogachi, éste es su instrumento de lenguaje que estará presente de manera insistente no sólo antes de comenzar la fiesta sino en todo su transcurso.

La expedición que supone ir a la barranca a recolectar la palmilla que será repartida el domingo de Ramos, ya que no vale el tásate u otra planta sustitutoria que se encuentre próxima al pueblo, como al parecer de algunos hacen los mestizos en otros lugares, es también un hecho peculiar. Debe ser palmilla, aunque ello suponga caminar durante seis días para conseguirla, no se escatima en esfuerzo, si la costumbre dicta que sea palmilla no importa el sacrificio personal que haya que hacer para conseguirla, no vale otra planta más fácil de obtener, no sería lo mismo. Con ello se pone en evidencia el cuidado de las formas que son para los rarámuris significativas en el proceso ritual, así como la capacidad de sacrificio que unos cuantos muestran para la satisfacción de su gente.

Las luminarias o fogatas encendidas al atardecer del miércoles santo son también un signo distintivo rarámuri cuyos significados no aparecen del todo claros. Independientemente de que los rarámuris que protagonizan este acto no tengan una idea precisa de su significado o significados y no ofrezcan una interpretación intelectual del mismo, hay algunos buenos conocedores de la fiesta tanto rarámuris ilustrados como mestizos, que consideran que las tres grandes hogueras encendidas en Norogachi (dos este año) pudieran representar las tres negaciones de Pedro en el monte de los olivos, o el signo del prendimiento en dicho monte, ya que es la cumbre del monte el lugar elegido para hacer las fogatas, o la señal para hacer presente a Jesús. Por nuestra parte consideramos que la fogata en el monte es un gesto expresivo que alude a la presencia divina, el fuego es un elemento importante en la cultura rarámuri, se encuentra presen-

te en sus principales rituales: en el *jícuri* y en el *bacánowa*, también en el *yúmari* cuando acontece de noche, y, como no, en las *tesgüinadas* nocturnas, tampoco puede estar ausente en la Semana Santa. Pero además de sus funciones más evidentes destinadas a calentar y alumbrar, en las luminarias entendemos que sirve para señalar, para hacer presente algo o a alguien, que, por razones obvias pudiera ser Jesús. Se enciende el fuego en el monte, lugar donde que se prendió a Jesús, no obstante, por el desconocimiento que la mayoría tiene de la historia bíblica y concretamente de esta parte del libro sagrado de los católicos, nos inclinamos a pensar que en la mente de los protagonistas de la acción y del resto de rarámuris que contemplan el fuego, sirve para introducirse más en el ritual y si cabe para hacerlos pensar en su divinidad, en Onorúame, que está por encima de todo y es con quien están familiarizados.

Los arcos, las procesiones, el víacrucis, la estructura de autoridades son todos ellos elementos aprendidos de los misioneros y de la influencia colonizadora española, pero casi siempre se presenta con algún matiz rarámuri añadido. Los arcos marcan el recorrido ritual que seguirán las procesiones, lo transforma en espacio sagrado y son colocados por los fiesteros. Las procesiones representan el recuerdo público de los diferentes episodios ocurridos en la pasión, muerte y resurrección de Jesús. La cruz que se lleva en movimiento no es la misma cruz fija rarámuri sujeta al suelo, representa la que fue usada con Jesús, aunque en todas las procesiones se encuentra también la bandera o estandarte a través del cual lo rarámuri se hace presente. Las imágenes de Jesús y María, así como el encuentro de ambas en la tercera procesión del viernes santo ponen de manifiesto quiénes son los personajes en cuyo honor se celebra la Semana Santa. Las 14 cruces que jalonan el viernes santo por la mañana el recorrido procesional viene a ser una especie de víacrucis, aunque en vez de decir unas palabras y rezar un Padrenuestro y un Avemaría en cada estación, se hace presente en las cuatro procesiones de ese día, siendo la última hasta el cementerio. Las autoridades presentes en la procesión recuerdan a mandos militares y responsables del orden público: gobernador, general, capitán, soldado, *alapérusi* (de alferez), *polisio* (de policía), todos ellos con una función explícita que cumplir, pero son los rarámuris los que asignan esa función a cada cargo. De entre todos ellos es preciso destacar el ejercido por el *alapérusi*, es este personaje el que decide todo en la Semana Santa de puertas afuera de la iglesia, y aún de puertas adentro con el beneplácito del párroco, lo cual indica que toda la organización de los actos festivos recae en manos de un rarámuri, el cual es acompañado de una comitiva rarámuri, y son rarámuris la mayoría de quienes participan de manera activa en las celebraciones, haciendo sustantiva una fiesta que, para otros allí presentes, es contemplada como espectáculo.

La danza merece una atención especial como incorporación rarámuri a la Semana Santa. Todo parece indicar que en Norogachi hace un par de generaciones atrás el atuendo de los danzantes era el de los llamados fariseos que, encamisados y con la cara pintada de blanco, representaban las fuerzas del mal (enemigos de Cristo, según

la tradición católica) y por inclusión de los propios *chabochis*, al tener por jefe a Judas que, como veremos, se asocia a un personaje *chabochi*. Con el paso del tiempo, en Norogachi el vestuario fariseo propio de los pueblos del sur, según nos contaba C. Vallejo, ex-párroco de este pueblo, fue siendo desplazado por el de los pintos que tenían los pueblos del norte, con quienes entraron más en contacto: Pawichiqui, Nará-rachi, Wawasherare, los cuales además de ir casi desnudos con el cuerpo a lunares blancos, los capitanes llevan la lanza o pica hacia abajo, a diferencia de los capitanes fariseos que la llevan hacia arriba (unos apuntan al suelo y otros al cielo).

[...] cuentan que antiguamente todos los grupos que bailaban la Semana Santa en Norogachi bailaban encamisados, era la costumbre original aquí, pero hacia el norte, hacia los pueblos del norte bailaron de pintos y uno de los grupos de Norogachi, el grupo de Citánachi en una fiesta de Semana Santa hace muchos años llega de pintos, y así participa en la fiesta y todos los demás grupos encamisados. Conforme van pasando los años otro grupo de los de acá del norte, Sayabochi, también llega de pinto para una fiesta, y luego los de Nahueachi, donde yo vivo, también llegan de pintos, y a lo largo de 50 años llega a gustarle más el estilo de los pintos. A la fecha hay un solo grupo de encamisados y todo el resto, 12 grupos son de pintos (Entrevista a C. V., 09.04.03).

E. Palma, rarámuri de unos 70 años de Norogachi, destaca a su vez:

En aquellos tiempos no había pintos, bailábamos nosotros fariseo pero con camisa y pintado de blanco la cara, después vinieron los pintos de Pawichique, Tewaterichi. Ahora en Norogachi son puro pintos, muchos pintos (Entrevista a E. P., 16.04.03).

Y J. Gardea, rarámuri de unos 45 años residente en Rosánachi, confirma que:

Los fariseos aquí en Norogachi se va perdiendo ya, hay como 14 grupos, 12 son de pintos y sólo 2 de fariseos. Los grupos de fariseos lo más que puede tener son 15 elementos y en los pintos hay grupos que tiene 60, 70, 80 elementos. Bailan día y noche durante los dos días de Semana Santa, antes eran tres, y se termina con Pascol. Los pintos y fariseos bailan todo el rato, los pascoleros sólo un rato (Entrevista a J. G., 05.04.03).

Actualmente en Norogachi, como hemos señalado, el desplazamiento ha sido casi total, de modo que tan sólo queda un grupo reducido de fariseos con 10 o 12 integrantes, mientras que existen 11 de pintos, todos ellos numerosos, llegando alguno a superar los 70 miembros. Los pintos por tanto han desplazado a los fariseos pero representan lo mismo, sólo cambia el atuendo. A juicio de J. Gardea, rarámuri bien documentado, la pintura con tierra blanca de los fariseos fue introducida por los primeros misioneros, emulando lo dicho en los evangelios sobre las cenizas con que los antiguos se embadurnaban la cara en señal de arrepentimiento de los pecados; sin embargo, las manchas blancas de los pintos se asemejan a los pueblos indígenas situados más al norte y que en tiempo de guerra se pintaban así, ejecutando danzas y haciendo sonar el tambor para congregar a la gente. De ese modo tanto la pintura de los pintos

como la danza y sus elementos musicales constituyen la incorporación en la Semana Santa de unas costumbres propias que provienen de otra situación contextual.

Al parecer de Velasco (1987: 226-227) la lucha entre soldados y fariseos o pintos representaría lo acontecido en otro país y en otra época, concretamente en España en tiempos de la “reconquista” donde los soldados estarían a favor de los cristianos, amigos de Dios, y los pintos-fariseos a favor de los moros, enemigos de Dios y de España. Al margen de las tergiversaciones históricas, el desconocimiento rarámuri de la historia de España nos lleva a decir que en la actualidad tales significados carecen de sentido, más bien pensamos que en la Semana Santa de Norogachi los rarámuris hacen una dramatización de la pasión, muerte y resurrección de Jesús que ellos mismos asocian y personalizan con su vivencia histórica de lucha y opresión. En la Semana Santa se pone de manifiesto la lucha entre el bien y el mal, entre el orden y el desorden, entre los soldados-rarámuri y los fariseos-*chabochis*, al tiempo que la esperanza de liberarse en el futuro de la opresión a la que se ven sometidos.

En lo que respecta a los movimientos coreográficos y movimientos cinésicos individuales, destaca la uniformidad en la que todos se mueven y marcan el paso de danza, características propias de formaciones guerreras destinadas al ataque o a la defensa. La expresión seria y serena denota además concentración en aquello que hacen.

La disposición de los grupos de danza en la estructura de la procesión, mitad delante abriendo paso y mitad detrás cerrando la comitiva, nos da a entender el carácter protector y de protocolo que cumple al ofrecer cobertura al grupo que camina con las imágenes sagradas.

No obstante, cada grupo de danzantes ejecutan sus movimientos por separado, independientes del resto; aún cuando van alineados en procesión, se mantienen uno tras otro pero cada cual con su abanderado delante como referente, y la pareja de tambores detrás marcando el paso. Los grupos en la danza representan a la ranchería o comunidad de donde proceden y tienen en la bandera su emblema distintivo. Todos asisten a la Semana Santa para lo mismo pero lo hacen de manera parcelada, utilizándose la danza como carta de presentación de la comunidad.

La vistosidad de los movimientos del abanderado con el emblema que porta y los recorridos insistentes hacia arriba y hacia abajo entre la doble fila, manteniendo mucha proximidad con todos los danzantes, constituye una manera de mantener la atención del grupo, crea conciencia de conjunto unitario y estimula a los participantes a seguir danzando pese al cansancio.

Además del permanente paso cambiado que realizan (con dos apoyos seguidos con cada pie), el gesto más repetido de todos consiste en girar sobre sí mismo 360°, en uno y otro sentido, a favor y en contra a las manecillas del reloj, giros individuales realizados por todos casi al mismo tiempo siguiendo la iniciativa e indicaciones del abanderado, que, como en otras danzas, nos hacen recordar que todo en el mundo gira y que la complementariedad es básica en la vida.

De manera colectiva se produce igualmente esa insistencia en voltear sobre sí, en dar vueltas en uno y otro sentido, estando así presente la constante circular tanto en las ejecuciones individuales como grupales. De igual modo la dualidad del sentido direccional marca el reconocimiento de los opuestos y al mismo tiempo complementarios que se halla en la mente de todos.²²

El sonido incesante del tambor y a intervalos de la flauta, nos evocan aires guerreros, habida cuenta de que estos instrumentos han sido utilizados tradicionalmente por muchos pueblos en tiempo de guerra, son esos sonidos los que marcan la danza de los pintos, danza caracterizada en términos generales por pasos sobre el terreno y en desplazamiento, giros y contragiros, vueltas en uno y otro sentido formando círculos y líneas, siempre dirigidas por un abanderado²³ que es reemplazado cada determinado número de piezas.

Los *pascoleros* por su parte tienen una consideración a parte, son también danzantes pero ocupan un papel muy distinto. A diferencia del *pascol*²⁴ que se baila con mucha frecuencia en la barranca y que posee diversidad de formas y sones, en Norogachi sólo se baila durante unos momentos muy señalados y nada más que en Semana Santa. Generalmente asociado a la fertilidad de la tierra en otros lugares de la Tarahumara, el *pascol* de Norogachi viene a ser un signo de resurrección y de triunfo, a juzgar por el momento que se pone en escena dentro del proceso festivo y ritual. Pintar a los *pascoleros* supone un ritual en sí mismo, no se puede hacer de cualquier modo ni por cualquiera, requiere reunir ciertas condiciones. Como nos dijera C. Vallejo, la pintura en sí misma da la impresión de emular la armadura antigua de un soldado, y así es, como pudimos comprobar se dibujan claramente los diferentes elementos: coraza, protector

22 Gotés/Negrete/Molinari (1990) dicen acerca de la danza de fariseos: “La fila realiza movimientos en óvalo y enroscándose, regresando al sitio original después de realizar tres óvalos, al regreso se realiza un giro concéntrico; todo esto se repite durante tres ocasiones cuando es dirigido al sol y en cuatro cuando es a la luna. La evolución de la fila pretende imitar el movimiento de una serpiente, ella pertenece al mundo de abajo, así, la danza contiene elementos de los tres mundos: la serpiente, los hombres y el sol y la luna, que en un momento social se unifican en un espacio –el patio de la iglesia– que se convierte en el límite entre los mundos, el área sagrada, el campo de la actividad ritual” (ENAH, Chihuahua, Fondo Smithsonian, Exp. 346, Caja 12, Folios 1-9, p. 43).

23 La bandera constituye la seña emblemática de cada grupo, siendo diferente en cada caso; en ella sobre el fondo blanco de la tela se pinta algún rostro rarámuri, la imagen de algún personaje, estampas de animales, plantas, cerros, siendo muy común la representación del águila en diferentes posiciones.

24 “Pascol” es un derivado del término pascua, por lo que denota la influencia de la iglesia, sin embargo, mucho tiene que ver, por la forma de los movimientos, con la llamada “danza del venado” por mayos y yaquis en Sonora; danza ésta asociada con la fertilidad, por los movimientos rítmicos de los danzantes que emulan el momento de celo de estos animales. Así pues, si bien, por el contexto donde se representa el *pascol* de Norogachi se anuncia como “danza de resurrección”, por las formas adoptadas y su presumible origen es posible entenderla también como una danza de “reproducción”, muy apropiada en esta época, inicio de la primavera.

de rostro, goznes en las articulaciones. Pudiera tener también inspiración en los cuadros antiguos, en donde aparecen ángeles vestidos con armaduras, como se presenta el mismo arcángel Miguel. Los *pascoleros* vienen a ser los que anuncian la resurrección de Jesús en el esquema de la Semana Santa,²⁵ se preparan en privado durante toda la madrugada del sábado, siempre protegidos por soldados con tocado de plumas de guajolote, y se presentan en público por la mañana para cumplir con su misión.

El anuncio de la resurrección de Cristo o la victoria del bien al salir de la iglesia, se liga seguidamente con la muerte de Judas, o la derrota del mal. Al muñeco de trapo que representa a Judas se le coloca sombrero, pantalones, botas, se le cuelgan botellas de cerveza o de tequila, cigarros, a veces se le colocan unos grandes testículos o un gran pene, identificándose con estos rasgos los atributos negativos del *chabochi* tomador, mujeriego y agresor,²⁶ es la representación del blanco o mestizo que viene de fuera y va en contra de la comunidad. Como seguidores de Judas, los danzantes se han transformado en pintos o fariseos y son conscientes de que se trata de una representación. Transformándose en pintos los rarámuris transgreden las normas de la comunidad durante un tiempo asociándose con el enemigo, aunque los mestizos que igualmente se disfrazan de pintos no se dan por aludidos porque en definitiva se trata de recrear una tradición y compartir un tiempo de fiesta con buen ánimo. No deja de ser preocupante, sin embargo, el alto porcentaje de mestizos que año tras año se van incorporando a los grupos de pintos, aún no siendo los que llevan generalmente la iniciativa de momento, y pudiendo ser entendido como un gesto de raramurización mestiza, de acercamiento del mestizo a la forma de actuar rarámuri, quién sabe si una vez que son mayoría pudieran imponer nuevos criterios de actuación, apropiándose de la fiesta, como lo han hecho de las tierras y del control político dentro de la Tarahumara.

Es de subrayar que tanto los *pascoleros* como el *alapérsi*, una vez muerto Judas y cumplida sus respectivas funciones se reúnen en privado en torno a una cruz rarámuri clavada en el suelo, bailando varias vueltas en torno a ella, para finalmente dar por concluida la misión por ese año. Este último gesto pone de manifiesto en la intimidad que aún tratándose la Semana Santa de un ritual de origen y de trasfondo católico, los

25 Aun siendo los *pascoleros* anunciadores de la redención, o de la victoria del bien sobre el mal, no hay que descartar el sentido de recreación, reproducción y por tanto de fertilidad que tradicionalmente ha venido teniendo para los rarámuris; los golpes de pies en el suelo señalan a la tierra como portadora de vida, el sonido de los cascabeles hace más audible el mensaje, el lavado corporal es signo de pureza, y las pinturas negra y roja con las que cubren el cuerpo, y especialmente manos y pies, marcan la complementariedad, como condición para que surja la vida.

26 En otras partes de la sierra nos decían que antes de la muerte de este personaje se realizaba un acto denominado “el testamento de Judas”, en donde una persona de la comunidad tiene la oportunidad de decir públicamente y sin tapujos todo lo que piensa de sus vecinos, de los mestizos, de las autoridades, de la presidencia seccional, etc. Ejercicio catártico que aún cargado de mucha dureza verbal y acusaciones fuertes, dentro del esquema de la fiesta está consentido y no resulta violento.

rarámuris nunca olvidan el sentido de su sacralidad que tiene a Onorúame como principal referente.

Terminados los actos ceremoniales, aparece la otra dimensión de la fiesta, la más genuinamente rarámuri: la *tesgüinada*. Tras el esfuerzo que supone mantenerse en vela dos días, danzando repetidamente una y otra vez, el proceso ritual tiene un final inconfundiblemente rarámuri que se suele prolongar por más tiempo aún que el empleado en la propia Semana Santa. Alguien podría entender que esta última parte sale fuera de lo puramente semanasanero pero, entendido en clave rarámuri entregarse por entero a la libación de *tesgüino* es fundamental para que el acontecimiento tenga carácter festivo, es impensable una fiesta rarámuri sin *tesgüino*, o mejor aún, sin que el *tesgüino* sea el protagonista, el centro de atención de la reunión. Como regalo o don de Onorúame esta bebida posee un elevado valor social y simbólico para los rarámuris, cuyo análisis excede las pretensiones de este trabajo; baste subrayar aquí que la vida económica, social y religiosa rarámuri está claramente marcada por el papel que juega el *tesgüino*, siendo éste uno de sus principales signos de identidad; por ello, no podría faltar en una fiesta que, como en la Semana Santa de Norogachi, ellos tienen un papel protagonista.

El ciclo fariseo pone en escena personajes asociados con el bien y el mal en una época que coincide que el inicio de la primavera, con el renacer de un nuevo ciclo de vida en la naturaleza. El bien y el mal representado en todo el proceso ritual, del que la danza participa, no es a nuestro juicio una expresión del enfrentamiento entre moros y cristianos, que pudiera haber influido en su origen por obra de los misioneros, ni tampoco exclusivamente lo que de manera más explícita parece representar encarnando el bien en la persona de Jesús y el mal en la de Judas. Se trata de un bien y un mal más universal y genérico, una dualidad que bien conocen y asocian con su experiencia vital y su propia percepción, en donde el bien cae del lado de los rarámuri y el mal del de los *chabochis*. En ese sentido estamos de acuerdo con Velasco (1987: 226-229) cuando se refiere a la “reutilización de esquemas y contenidos” en donde dice que “los Soldados han perdido toda relación con los españoles” (1987: 227) y se hallan asociados a los Rarámuri; mientras que los fariseos se pintan de blanco, porque eran blancos, hijos de Judas, al que se le viste de *chabochi*, que es a quien trata de representar. Jesucristo, bien es cierto que actúa como referencia y jefe de los soldados pero, al igual que la Virgen, son figuras que se encuentran dentro del templo, en otro plano de significado, y solo salen fuera en procesión; son ambos símbolos católicos, de la iglesia que tanto ha influido a través de los misioneros entre los nativos y les hace compañía, sin embargo, aún siendo una referencia para los rarámuri, estos van más allá de su figura en la búsqueda de significados, situándose en su propia escala de valores y experiencia histórica para ver que la esperanza de “salvación” pasa por liberarse de la opresión *chabochi*.

Un rasgo distintivo de la Semana Santa recae en los sonidos que se producen con tal motivo, especialmente el del tambor, aunque también se deja oír, en menor medida

la flauta que lo acompaña a veces en la interpretación de las danzas; y por otro lado, la matraca, que anuncia la procesión y llama a la reunión de la gente. El sonido acompañado de tambor y flauta, aunque ensordecedor y machacante es concebido por los nativos como música, la música que marca el paso de la danza, o crea ambiente festivo. El de la matraca en cambio se entiende más como ruido sin más.

Galinier ofrece una interesante interpretación de los sonidos producidos en la Semana Santa otomí, que bien pudiera ser aplicado al caso rarámuri, ya que existen muchas semejanzas. Al referirse a la chirimía o flauta, dice que “es un instrumento cuya sonoridad evoca la ‘guerra’, la persecución de Jesucristo” (Galinier 1990: 260). De la matraca dice a su vez que “produce un sonido agradable al Diablo” (1990: 260) por lo desagradable y ensordecedor. Si fuera así entendida también entre las rarámuri, estaría justificado su uso para reunir a la gente ante Jesucristo y la Virgen a fin de procesionarlos, ante la amenaza del diablo. Del ruido también dice este autor que “está íntimamente ligado al acto de creación, a la génesis. La disyunción que éste opera busca el restablecimiento del orden, la separación de dos principios antagónicos, una vez cumplida su función necesaria y fecundante” (Galinier 1990: 543). La Semana Santa en Norogachi está cargada de sonidos musicales y ruidosos, dentro de un escenario en donde se recrea orden y desorden, armonía y conflicto. La matraca suena entre la gente desordenada en la multitud, y el tambor y la flauta acompaña el orden procesional. Ruido y música se alternan como el desorden y el orden en la vida misma. El uso del tambor y la flauta entre los rarámuri dentro del contexto de la Semana Santa constituye una especie de llamada al orden desde el mismo desorden en donde están instalados, no hay que olvidar que en el fondo se expresa un conflicto entre el bien y el mal, y tales instrumentos son significativos de situaciones guerreras.

De acuerdo con Cajas Castro (1992), la Semana Santa en Norogachi la entendemos fundamentalmente como una “representación teatral” en la que existen diversos personajes, cada uno representando su papel, dentro de una obra en la que la pasión y muerte de Jesucristo importada por los misioneros, no está reñida con expresiones muy próximas al ámbito carnavalesco.

Los rarámuri, efectivamente hablan más de dar vueltas con las imágenes sagradas que de procesiones y, por lo general, no existe una clara conciencia del significado católico de los pasajes realizados. Se trata más bien de un simulacro inducido por la iglesia, en el que, aún con la alta participación y éxito obtenido no se pone de manifiesto la conciencia católica de quienes lo protagonizan, sino más bien su propia manera de reinterpretar los acontecimientos y observar el mundo.

La danza de pintos y fariseos, presente casi en todo momento, junto con la de los pascoleros, y la muerte de Judas, adquiere formas casi carnavalescas. Los fariseos son en su mayoría rarámuris disfrazados, colocados del lado del mal en la representación, del lado de la permisividad y la trasgresión, amigos de Judas, personaje obscuro y perverso, amante de todos los vicios (bebedor, violador, pendenciero), pero no repre-

sentan a los rarámuris, son rarámuris que representan el papel de los otros: de los *chabochis*, de quienes no desean ser en lo cotidiano, tomándose la licencia de emularlos tras el disfraz. Como bien expresa Cajas Castro (1992: 177): “el gesto es la prolongación visual del inconsciente”.

Judas es un personaje central en la Semana Santa, despierta risas y burlas en un tiempo que debería ser de dolor y lágrimas por la pasión y muerte de Cristo, incita a la inversión del orden, de la norma establecida, y ridiculiza la sexualidad; es por tanto la figura que justifica o da pie a que se transgreda el momento solemne y serio de la Semana Santa, así como la mesura y distanciamiento rarámuri en lo cotidiano, por momentos que poseen un evidente “efecto cómico” como señala Bonfiglioli (1995:134), dentro de una representación de desorden ritualizado que pretende restablecer de nuevo el orden, el cual se consigue finalmente con la tesguinada mantenida una vez muerto Judas. De acuerdo con Bonfiglioli (1995) el ciclo fariseo es complementario del ciclo matachín, no entendiéndose bien uno sin conocer también el otro. Si el segundo es expresión de armonía, social y cósmica, el primero expresa un conflicto.

Como señala Bonfil Batalla, la Semana Santa es preciso verla :

[...] como producto de un complejo proceso de apropiación mediante el cual, las diversas sociedades indias han hecho suyos símbolos, signos y prácticas de la religión impuesta y la han reorganizado y reinterpretado en el seno de su propia matriz religiosa. Es decir, los han aceptado por necesidades de la situación colonial, pero los han supeditado a un esquema que no es cristiano (cfr. Cajas Castro 1992: 153).

Y si no es cristiano ¿qué es? Cajas Castro responde:

Las fiestas de invierno y Semana Santa, sólo representan una caricatura del cristianismo, un simulacro del legado occidental. Convencidos del éxito evangelizador, los jesuitas aplauden la religiosidad de lo que ellos mismos han denominado: “comunidad de los rarámuri-pagótuame” (rarámuris bautizados). Al hacerlo no hacen más que aplaudir su propio simulacro (Cajas Castro 1992: 153).

Por otro lado, dentro del proceso ritual que constituye la Semana Santa, en paralelo a la dimensión festiva que tiene para quienes participan activamente en ella, hay que señalar también su dimensión espectacular para quienes la contemplan desde fuera, aun formando parte del mismo escenario. Los cientos de turistas que asisten la noche del jueves y viernes santo a Norogachi, de momento más que restarle aliciente o sentido al acontecimiento le suman algunos nuevos que tienen que ver con la ganancia económica que unos y otros hacen de la fiesta. Algunos pesos se ganan los rarámuris vendiendo un poco de artesanía o las propias espadas o bastones que llevan los pintos, una vez concluye la función, pero no son precisamente rarámuris los que ofreciendo alojamiento y comida a los visitantes obtienen ganancias en esa semana. La Semana Santa la esperan algunos como un buen momento para ganar algo de dinero y el turismo no parece que sea mal visto, incluso por los propios rarámuris, que no son real-

mente los principales beneficiados económicamente de su llegada. Los medios de comunicación se han hecho eco de la vistosidad y atractivo que tiene la Semana Santa en Norogachi y la gente acude a la llamada cada vez en mayor número. La masificación de la fiesta podría sin duda alterar sus sentidos en un futuro no lejano, pero de momento tal como la percibimos en el 2003, en líneas generales está bien delimitado quienes hacen la fiesta y quienes actúan como espectadores. Preocupante resulta, claro está que espectadores desaprensivos se introduzcan en el espacio festivo alterando la dinámica de los actores, incomodando a las personas poniéndole la cámara de fotos en la cara o disparando una lluvia de flashes por la noche; y más preocupante aún resulta que el *alapérusi* como máximo responsable de la fiesta ponga una cuota de admisión para todo aquél que desee introducirse en el espacio tradicionalmente privado que supone pintar a los *pascoleros*, porque sin duda serán los mismos desaprensivos los primeros interesados en acudir, como así ocurrió. Es vital para que la Semana Santa en Norogachi siga teniendo sentido rarámuri que estos pongan de manifiesto cuáles son los límites de participación a los que vienen de fuera, a los no rarámuris, porque de lo contrario los cambios de sentido pueden ser notables y estar próximos a llegar.

El consumo de alcohol de alta gradación también es de tener en cuenta como factor que puede alterar la dinámica de la fiesta. Al margen del *tesgüino*, la tequila y los aguardientes fuertes aparecen clandestinamente en los bolsillos de cada vez más personas, que no sólo son mestizos sino que también son rarámuris, incluso entre rarámuris que por el cargo de autoridad que ocupan se deben cuidar al menos mientras estén ejerciendo su función. Estos hechos ya están ocurriendo y, aún no siendo lo ordinario, sí marca una tendencia que puede traer consecuencias a corto o medio plazo si no se reacciona a tiempo.

Para concluir, la Semana Santa de Norogachi constituye una prueba de hasta qué punto los rarámuris entienden y participan de la religión católica, y una prueba por la que se puede también medir el grado de flexibilidad que muestra la iglesia católica para con ellos. Si el párroco deja que sea el *alapérusi* quien ordene la dinámica de las celebraciones, quedándose sólo él con la responsabilidad de officiar las misas, es porque no observa que existan manifestaciones que vayan seriamente en contra de la doctrina que él mismo promueve; actitud ésta con la que consigue mantener el acercamiento rarámuri a la iglesia, aunque tal acercamiento se obtiene porque los mismos rarámuris incorporan en el proceso ritual una serie de expresiones propias a través de las cuales el acontecimiento se hace significativo para ellos. La vinculación de los rarámuris con el templo es de sobra conocida y buena parte del éxito que la iglesia católica ha tenido con este pueblo se debe a la flexibilidad misionera en la práctica ritual, dejando hacer a los propios rarámuris incluso dentro del templo. Los rarámuris asumen la Semana Santa de Norogachi como algo suyo, se han apropiado de ella como lo hicieron del violín o de la danza de matachines (danza de conquista). Han utilizado los esquemas y contenidos introducidos por los misioneros ligados a la pasión, muerte

y resurrección de Jesucristo, además de las gestas entre moros y cristianos por la coyuntura de la época; le han eliminado los elementos incómodos como las prácticas penitenciales, y las antiguas mortificaciones, por chocar con una idiosincrasia que no utiliza el castigo físico ni ve en Dios un ser vengativo; y le han incorporado elementos propios como son las danzas, la música, el vestuario, los horarios o el *tesgüino*, construyendo así un esquema sincrético propio con el que sentirse identificados. Hay que precisar no obstante, que a diferencia del violín o los matachines, la apropiación de la Semana Santa es relativa, dado que el templo sigue siendo el eje axial y éste pertenece a la iglesia; en cualquier caso, es de suponer que ésta seguirá mostrándose permisiva y comprensiva en la medida que tal actitud conlleve la consecución de sus propios intereses y siga manteniendo el poderoso status quo que desde siglos posee en este territorio.

Glosario

<i>Alapérsi</i>	Organizador de la Semana Santa. El término deriva de “alférez”.
<i>Bacánowa</i>	Tubérculo con propiedades alucinógenas con el cual se realizan rituales de curación.
<i>Chabochi</i>	Nombre genérico para designar al hombre blanco, mestizo, barbudo, no rarámuri.
<i>Gueja</i>	Recipiente de mayor o menor capacidad hecho de una calabaza hueca partida por la mitad y utilizada para beber.
<i>Jícuri</i>	Peyote, cactus con propiedades alucinógenas con el cual se realizan rituales de curación y de subida al cielo.
<i>Mayora</i>	Encargado de arreglar las uniones matrimoniales y dar consejos a los niños/as. El término deriva de “mayor” (mando militar).
<i>Mosáwari</i>	Comida ritual que el <i>alapérsi</i> ofrece a las autoridades el jueves y viernes santo.
<i>Nawésari</i>	Discurso o sermón de corta duración, unos cinco minutos de tiempo, que pronuncia el siríame para la comunidad.
<i>Pascolero</i>	danzante del <i>pascol</i> , danza de la Semana Santa (el día sábado).
<i>Pinole</i>	Bebida energética y refrescante a base de maíz molido disuelto en agua.
<i>Polisio</i>	Ayudante del <i>alapérsi</i> , mantiene el orden público. El término deriva de “policía”.
<i>Siríame</i>	Gobernador rarámuri, máxima autoridad en la comunidad.
<i>Tenanche</i> o <i>paca</i>	Fiestero, encargado de hacer frente a los gastos de la fiesta, pero no de la Semana Santa que es responsabilidad del <i>alapérsi</i> .
<i>Tesgüino</i>	Cerveza de maíz elaborada tradicionalmente por los rarámuris, presente siempre en tiempo de fiesta.
<i>Yumari</i>	Ritual de curación que incluye danza y canto.

Bibliografía

- Amador, Ascensión (1997): *Tarahumara*. México, D.F.: Ediciones Aguilar.
- Basauri, Carlos (1929): *Monografía de los Tarahumaras*. México, D.F.: Talleres Gráficos de la Nación.
- Bennett, Wendell C./Zingg, Robert M. ([1935] 1978): *Los Tarahumaras, una tribu india del Norte de México*. México, D.F.: I.N.I.
- Bonfiglioli, Carlo (1995): *Fariseos y matachines en la Sierra Tarahumara*. México, D.F.: Instituto Nacional Indigenista.
- Cajas Castro, Juan (1992): *La Sierra Tarahumara o los desvelos de la modernidad en México*. México, D.F.: CNCA.
- Galinier, Jacques (1990): *La mitad del mundo. Cuerpo y cosmos en los rituales otomies*. México, D.F.: UNAM/CEM/I.N.I.
- Gotés, Luis Eduardo/Negrete, Ana/Molinari, Claudia (1990): *Nije rarámuri-ju. Encuentro con los Tarahumaras*. Chihuahua: ENAH, Fondo Smithsonian, Exp. 346, Caja, 12.
- INEGI (Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática) (1995): *Chihuahua. Censo de población y Vivienda, 1995. Resultados definitivos. Tabulados básicos*. Aguascalientes: INEGI.
- Lumholtz, Karl ([1904] 1972): *El México desconocido*. México, D.F.: I.N.I.
- Robledo, Gabriela (1981): *Los Tarahumaras*. México, D.F.: I.N.I.
- Sariego, José Luis (2000): *La cruzada indigenista en la Tarahumara*. Tesis de doctorado en Ciencias Antropológicas. Chihuahua: Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Velasco, Pedro de (1987): *Danzar o morir. Religión y resistencia a la dominación en la cultura tarahumara*. México, D.F.: Ediciones Centro de Reflexión teológica, I.N.I.
- Zingg, Robert M. (1942): "The Genuine and Spurious Values in Tarahumara Culture". En: *American Anthropologist* (Menasha, Wisc.), 44: 78-92.